

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

Julio Verne

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2013 Paradimage Soluciones

ÍNDICE

Prólogo	5
I.....	6
II.....	9
III.....	13
IV	18
V	21
VI	25
VII	30
VIII	34
IX.....	39
X.....	44
XI.....	48
XII.....	52
XIII.....	56
XIV	60
XV	64
XXVI	68
XVII	72
XVIII	75
XIX.....	79
XX.....	82
XXI.....	86
XXII.....	89
XXIII.....	91
XXIV	95
XXV	98
XXVI	102
XXVII	104
XXVIII	107
XXIX	111
XXX	114
XXXI	119

XXXII	123
XXXIII.....	127
XXXIV	132
XXXV	135
XXXVI	139
XXXVII	143
XXXVIII	146
XXXIX	150
XL.....	154
XLI	158
XLII	162
XLIII	166
XLIV.....	170
XLV.....	174

PRÓLOGO

'Viaje al centro de la Tierra' (*Voyage au centre de la Terre*) es una novela de Ciencia Ficción, escrita por Julio Verne y publicada el 25 de noviembre de 1864. En ella se narra la increíble expedición de un profesor de mineralogía, el alemán Otto Lidenbrock; su escéptico sobrino Axel, quien, además, se erige en narrador de la obra, y Hans, un antiguo cazador de unas aves islandesas llamadas eíderes, convertido en el imposible guía de este apasionante viaje hacia el interior del globo.

Tan insigne grupo ingresa por un volcán hacia las profundidades de la Tierra, viviendo, entre tanto, innumerables peripecias, entre las que se encuentran el asombroso descubrimiento de un mar interior y un mundo mesozoico completo, enterrado en lo más recóndito del globo terráqueo, y la existencia de iluminación de carácter eléctrico.

La adaptación al cine de esta obra, una de las pocas novelas no seriadas de Julio Verne, pasa por dos películas cuyo género fluctúa entre film de aventuras, ciencia ficción, fantástico y familiar.

La primera de ellas, 'Viaje al centro de la Tierra' (*Journey to the Centre of the Earth*), es una cinta en 3D estrenada en el año 2008. Dirigida por Eric Brevig y descrita como un viaje en una atracción excitante, la película nos sitúa en una expedición científica en Islandia, en la que el visionario científico Trevor Anderson – interpretado por Brendan Fraser –, su sobrino Sean – a quien da vida Josh Hutcherson – y su hermosa guía regional, Hannah – Anita Briem – quedan atrapados en una cueva, siendo su única posibilidad de escapar adentrarse en las entrañas de la Tierra.

Pocos años más tarde, en 2012, Brad Peyton dirige la secuela 'Viaje al centro de la Tierra: la isla misteriosa' (*Journey 2: The Mysterious Island*), en la que nos encontramos de nuevo con Sean –Hutcherson–, a quien acompañamos tras recibir una llamada de socorro desde una misteriosa isla, habitada por extrañas formas de vida, que no aparece en los mapas.

Paradimage la rescata, ahora, sumándola a su colección electrónica 'Novelas de Cine'.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en www.paradimage.com



El domingo 24 de mayo de 1863, mi tío, el profesor Lidenbrock, regresó precipitadamente a su casa, situada en el número 19 de la Königstrasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo.

Marta, su excelente criada, se azaró sobremanera, creyendo que se había retrasado, pues apenas si empezaba a cocer la comida en el hornillo.

"Bueno —pensé para mí—, si mi tío viene con hambre, se va a armar la de San Quintín; porque es difícil que haya un hombre con menos paciencia.

— ¡Tan temprano y ya está aquí el señor Lidenbrock! —exclamó la pobre Marta, llena de estupefacción, entreabriendo la puerta del comedor.

— Sí, María; pero tú no tienes la culpa de que la comida no esté lista todavía, porque aún no son las dos. Acaba de dar la media en San Miguel.

— ¿Y por qué ha venido tan pronto el señor Lidenbrock?

— Él nos lo explicará, probablemente.

— ¡Ahí viene! Yo me escapo. Señor Axel, hágale entrar en razón.

Y la excelente Marta se marchó presurosa a su laboratorio culinario, quedándome yo solo.

Pero, como mi carácter tímido no es el más a propósito para hacer entrar en razón al más irascible de todos los catedráticos, me disponía a retirarme prudentemente a la pequeña habitación del piso alto que me servía de dormitorio cuando giró sobre sus goznes la puerta de la calle, crujió la escalera de madera bajo el peso de sus pies fenomenales, y el dueño de la casa atravesó el comedor, entrando presuroso en su despacho, colocando, al pasar, el pesado bastón en un rincón, arrojando el mal cepillado sombrero encima de la mesa y diciéndome con tono imperioso:

— ¡Ven, Axel!

No había tenido aún tiempo material de moverme, cuando me gritó el profesor con acento descompuesto:

— Pero, ¿qué haces que no estás aquí ya?

Y me precipité en el despacho de mi irascible maestro. Otto Lidenbrock no es mala persona, lo confieso ingenuamente; pero, como no cambie mucho, lo cual creo improbable, morirá siendo el más original e impaciente de los hombres.

Era profesor del Johannaum, donde explicaba la cátedra de mineralogía, enfureciéndose, por regla general, una o dos veces en cada clase. Y no porque le preocupase el deseo de tener discípulos aplicados, ni el grado de atención que éstos prestasen a sus explicaciones, ni el éxito que, como consecuencia de ella, pudiesen obtener en sus estudios; semejantes detalles le tenían sin cuidado. Enseñaba subjuntivamente, según una expresión de la filosofía alemana; enseñaba para él y no para los otros. Era un sabio egoísta; un pozo de ciencia cuya polea rechinaba cuando se quería sacar algo de él. Era, en una palabra, un avaro. En Alemania hay algunos profesores de este género.

Mi tío no gozaba, por desgracia, de una gran facilidad de palabra, por lo menos cuando se expresaba en público, lo cual, para un orador, constituye un defecto lamentable. En sus explicaciones en el Johannaemum, se detenía a lo mejor luchando con un recalcitrante vocablo que no quería salir de sus labios; con una de esas palabras que se resisten, se hinchan y acaban por ser expelidas bajo la forma de un taco, lo que daba origen a su cólera.

Hay en mineralogía muchas denominaciones, semigriegas, semilatinas, difíciles de pronunciar; nombres rudos que desollarían los labios de un poeta. No quiero hablar ahora de esta ciencia; lejos de mí profanación semejante. Pero cuando se trata de las cristalizaciones romboédricas, de las resinas retinasfálticas, de las selenitas, de las tungstitas, de los molibdatos de plomo, de los tungstatos de magnesio y de los titanatos de circonio, bien se puede perdonar a la lengua más expedita que tropiece y se haga un lío.

En la ciudad era conocido de todos este bien disculpable defecto de mi tío, que muchos desahogados aprovechaban para burlarse de él, cosa que le exasperaba en extremo; y su furor era causa de que arreciasen las risas, lo cual es de muy mal gusto hasta en la misma Alemania. Y si bien es muy cierto que contaba siempre con gran número de oyentes en su aula, no lo es menos que la mayoría de ellos iban sólo a divertirse a costa del catedrático.

Como quiera que sea, no me cansaré de repetir que mi tío era un verdadero sabio. Aún cuando rompía muchas veces las muestras de minerales por tratarlos sin el debido cuidado, unía al genio del geólogo la perspicacia del mineralogista. Con el martillo, el punzón, la brújula, el soplete y el frasco de ácido nítrico en las manos, no tenía rival. Por su modo de romperse, su aspecto y su dureza, por su fusibilidad y sonido, por su olor y su sabor, clasificaba sin titubear un mineral cualquiera entre las seiscientas especies con que en la actualidad cuenta la ciencia.

Por eso el nombre de Lidenbrock gozaba de gran predicamento en las asociaciones nacionales. Humphry Davy, de Humboldt y los capitanes Franklin y Sabine no dejaban de visitarle a su paso por Hamburgo. Becquerel, Ebejmen, Brewster, Dumas y Milne-Edwards solían consultarle las cuestiones más palpitantes de la química. Esta ciencia le era deudora de magníficos descubrimientos y, en 1853, había aparecido en Leipzig un *Tratado de Cristalografía* trascendental, por el profesor Otto Lidenbrock, obra en folio, ilustrada con numerosos grabados, que no llegó, sin embargo, a cubrir los gastos de su impresión.

Además de lo dicho era mi tío conservador del museo mineralógico del señor Struve, embajador de Rusia, preciosa colección que gozaba de merecida y justa fama en Europa.

Tal era el personaje que con tanta impaciencia me llamaba. Imaginaos un hombre alto, delgado, con una salud de hierro y un aspecto juvenil que le hacía aparentar diez años menos de los cincuenta que contaba. Sus grandes ojos giraban sin cesar detrás de sus amplias gafas; su larga y afilada nariz parecía una lámina de acero; los que le perseguían con sus burlas decían que estaba imantada y que atraía las limaduras de hierro. Calumnia vil, sin embargo, pues sólo atraía al tabaco, aunque en gran abundancia, dicho sea en honor de la verdad.

Cuando haya dicho que mi tío caminaba a pasos matemáticamente iguales, que medía cada uno media toesa¹ de longitud, y añadido que siempre lo hacía con los puños sólidamente

¹ Una toesa equivale a 1,946 m (N. del T.)

apretados, señal de su impetuoso carácter, lo conocerá lo bastante el lector para no desear su compañía.

Vivía en su modesta casita de Königstrasse, en cuya construcción entraban por partes iguales la madera y el ladrillo, y que daba a uno de esos canales tortuosos que cruzan el barrio más antiguo de Hamburgo, felizmente respetado por el incendio de 1842.

Cierto que la tal casa estaba un poco inclinada y amenazaba con su vientre a los transeúntes; que tenía el techo caído sobre la oreja, como las gorras de los estudiantes de Tugendbund; que la verticalidad de sus líneas no era lo más perfecta; pero se mantenía firme gracias a un olmo secular y vigoroso en que se apoyaba la fachada y que, al cubrirse de hojas, llegada la primavera, la remozaba con un alegre verdor.

Mi tío, para profesor alemán, no dejaba de ser rico. La casa y cuanto encerraba eran de su propiedad. En ella compartíamos con él la vida su ahijada Graüben, una joven curlandesa de diecisiete años de edad, la criada Marta y yo que, en mi doble calidad de huérfano y sobrino, le ayudaba a preparar sus experimentos.

Confieso que me dediqué con gran entusiasmo a las ciencias mineralógicas; por mis venas circulaba sangre de mineralogista y no me aburría jamás en compañía de mis valiosos pedruscos.

En resumen, que vivía feliz en la casita de la Königstrasse, a pesar del carácter impaciente de su propietario porque éste, independientemente de sus maneras brutales, me tenía gran afecto. Pero su gran impaciencia no le permitía aguardar, y trataba de caminar más aprisa que la misma naturaleza.

En abril, cuando plantaba en los potes de loza de su salón pies de reseda o de convólvulos, iba todas las mañanas a tirarles de las hojas para acelerar su crecimiento.

Con tan original personaje, no tenía más remedio que obedecer ciegamente; y por eso acudía presuroso a su despacho.



Era éste un verdadero museo. Todos los ejemplares del reino mineral se hallaban rotulados en él y ordenados del modo más perfecto, con arreglo a las tres grandes divisiones que los clasifican en inflamables, metálicos y litoídeos.

¡Cuán familiares me eran aquellas chucherías de la ciencia mineralógica! ¡Cuántas veces, en vez de irme a jugar con los muchachos de mi edad, me había entretenido en quitar el polvo a aquellos grafitos, antracitas, hullas, lignitos y turbas! ¡Y los betunes, resinas y sales orgánicas que era preciso preservar del menor átomo de polvo!

¡Y aquellos metales, desde el hierro hasta el oro, cuyo valor relativo desaparecía ante la igualdad absoluta de los ejemplares científicos! ¡Y todos aquellos pedruscos que hubiesen bastado para reconstruir la casa de la Königstrasse, hasta con una buena habitación suplementaria en la que me habría yo instalado con toda comodidad!

Pero cuando entré en el despacho estaba bien ajeno de pensar en nada de esto; mi tío solo absorbía mi mente por completo. Se hallaba arrellanado en su gran butacón, forrado de terciopelo de Utrecht, y tenía entre sus manos un libro que contemplaba con profunda admiración.

— ¡Qué libro! ¡Qué libro! — repetía sin cesar.

Estas exclamaciones me recordaron que el profesor Lidenbrock era también bibliómano en sus momentos de ocio; si bien no había ningún libro que tuviese valor para él como no fuese inhallable o, al menos, ilegible.

— ¿No ves? — me dijo —, ¿no ves? Es un inestimable tesoro que he hallado esta mañana registrando la tienda del judío Hevelius.

— ¡Magnífico! — exclamé yo, con entusiasmo fingido.

En efecto, ¿a qué tanto entusiasmo por un viejo libro en cuarto, cuyas tapas y lomo parecían forrados de grosero cordobán, y de cuyas amarillentas hojas pendía un descolorido registro? Sin embargo, no cesaban las admirativas exclamaciones del enjuto profesor.

— Vamos a ver — decía, preguntándose y respondiéndose a sí mismo —, ¿es un buen ejemplar? ¡Sí, magnífico! ¡Y qué encuadernación! ¿Se abre con facilidad? ¡Sí; permanece abierto por cualquier página que se le deje! Pero, ¿se cierra bien? ¡Sí, porque las cubiertas y las hojas forman un todo bien unido, sin separarse ni abrirse por ninguna parte! ¡Y este lomo que se mantiene ileso después de setecientos años de existencia! ¡Ah! ¡He aquí una encuadernación capaz de envanecer a Bozerian, a Closs y aun hasta al mismo Purgold.

Al expresarse de esta suerte, abría y cerraba mi tío el feo y repugnante libraco; y yo, por pura fórmula, pues no me interesaba lo más mínimo:

— ¿Cuál es el título de ese maravilloso volumen? — le pregunté con un entusiasmo demasiado exagerado para que no fuese fingido.

— ¡Esta obra — respondió mi tío, animándose — es el Heimskringla, de Snorri Sturluson, el famoso autor islandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

— ¡De veras! —exclamé yo, afectando un gran asombro—; ¿será, sin duda, alguna traducción alemana?

— ¡Una traducción! —respondió el profesor indignado—. ¿Y qué habría de hacer yo con una traducción? ¡Para traducciones estamos! Es la obra original, en islandés, ese magnífico idioma, sencillo y rico a la vez, que autoriza las más variadas combinaciones gramaticales y numerosas modificaciones de palabras.

— Como el alemán —insinué yo con acierto.

— Sí —respondió mi tío, encogiéndose de hombros—; pero con la diferencia de que la lengua islandesa admite, como el griego, los tres géneros y declina los nombres propios como el latín.

— ¡Ah! —exclamé yo con la curiosidad un tanto estimulada—, ¿y es bella la impresión?

— ¡Impresión! ¿Pero cómo se te ocurre hablar de impresión, desdichado Axel? ¡Bueno fuera! ¿Pero es que crees por ventura que se trata de un libro impreso? Se trata de un manuscrito, ignorante, ¡y de un manuscrito rúnico nada menos!

— ¿Rúnico?

— ¡Sí! ¿Vas a decirme ahora que te explique lo que es eso?

— Me guardaría bien de hacerlo —repliqué, con el acento de un hombre ofendido en su amor propio.

Pero, quieras que no, me enseñó mi tío cosas que no me interesaban lo más mínimo.

— Las runas eran unos caracteres de escritura usada en otro tiempo en Islandia, y, según la tradición, fueron inventados por el mismo Odín. Pero, ¿qué haces, impío, que no admiras estos caracteres salidos de la mente excelsa de un dios?

Sin saber qué responder, iba ya a prosternarme, género de respuesta que debe agradar a los dioses tanto como a los reyes, porque tiene la ventaja de no ponerles en el compromiso de tener que replicar, cuando un incidente imprevisto vino a dar a la conversación otro giro.

Fue la aparición de un pergamino grasiento que, deslizándose de entre las hojas del libro, cayó al suelo.

Mi tío se apresuró a recogerlo con indecible avidez. Un antiguo documento, encerrado tal vez desde tiempo inmemorial dentro de un libro viejo, no podía menos de tener para él un elevadísimo valor.

— ¿Qué es esto? —exclamó emocionado.

Y al mismo tiempo desplegaba cuidadosamente sobre la mesa un trozo de pergamino de unas cinco pulgadas de largo por tres de ancho, en el que había trazados, en líneas transversales, unos caracteres mágicos.

He aquí su facsímile exacto. Quiero dar a conocer al lector tan extravagantes signos, por haber sido ellos los que impulsaron al profesor Lidenbrock y a su sobrino a emprender la expedición más extraña del siglo XIX.



El profesor examinó atentamente, durante algunos instantes, esta serie de garabatos, y al fin dijo quitándose las gafas:

— Estos caracteres son rúnicos, no me cabe duda alguna; son exactamente iguales a los del manuscrito de Snorri Sturluson, pero... ¿qué significan?

Como las runas me parecían una invención de los sabios para embaucar a los ignorantes, no sentí que mi tío no lo entendiese. Así, al menos, me lo hizo suponer el temblor de sus dedos, que comenzó a agitar de una manera convulsa.

— Sin embargo, es islandés antiguo —murmuraba entre dientes.

El profesor Lidenbrock tenía más razón que nadie para saberlo; porque, si bien no poseía correctamente las dos mil lenguas y los cuatro mil dialectos que se hablan en la superficie del globo, hablaba muchos de ellos y pasaba por ser un verdadero políglota.

Al dar con esta dificultad, iba a dejarse llevar de su carácter violento, y ya veía ya venir una escena desagradable cuando dieron las dos en el reloj de la chimenea.

En aquel mismo momento, Marta abrió la puerta del despacho, diciendo:

— La sopa está servida.

— ¡El diablo cargue con la sopa —exclamó furibundo mi tío—, y con la que la ha hecho y con los que se la coman!

María se marchó asustada; yo salí detrás de ella, y, sin explicarme cómo, me encontré sentado a la mesa, en mi sitio de costumbre.

Esperé algunos instantes sin que el profesor viniera. Era la primera vez, que yo sepa, que faltaba a la solemnidad de la comida. ¡Y qué comida, Dios mío! Sopas de perejil, tortilla de jamón con acederas y nuez moscada, solomillo de ternera con compota de ciruelas y, de postre, langostinos en dulce, y todo abundantemente regado con exquisito vino del Mosa.

He aquí la apetitosa comida que se perdió mi tío por un viejo papelucho. Yo, a fuer de buen sobrino, me creí en el deber de comer por los dos, y lo hice a conciencia.

— ¡Jamás he visto una cosa semejante! —decía la buena Marta, mientras me servía la comida—, ¡Es la primera vez que el señor Lidenbrock falta a la mesa!

— No se concibe, en efecto.

— Esto parece presagio de un grave acontecimiento —añadió la vieja criada, sacudiendo sentenciosamente la cabeza.

Pero, a mi modo de ver, aquello lo que presagiaba era un escándalo horrible que iba a promover mi tío tan pronto se percatase de que había devorado su ración.

Me estaba yo comiendo el último langostino cuando una voz estentórea me hizo volver a la realidad de la vida y, de un salto, me trasladé del comedor al despacho.



— Se trata sin duda alguna de un escrito numérico —decía el profesor, frunciendo el entrecejo—. Pero existe un secreto que tengo que descubrir, porque de lo contrario...

Y un gesto violento terminó su pensamiento.

— Siéntate ahí y escribe —añadió, indicándome la mesa con el puño.

Obedecí con presteza.

— Ahora voy a dictarte las letras de nuestro alfabeto que corresponden a cada uno de estos caracteres islandeses. Veremos lo que resulta. ¡Pero, por los clavos de Cristo, cuida de no equivocarte!

Él empezó a dictarme y yo a escribir las letras, unas a continuación de las otras, formando todas juntas la incomprensible sucesión de palabras siguientes:

mm.rnlls	esreuel	seecJde
sgtssmf	unteief	niedrke
kt,samn	atrateS	Saodrrn
erntnael	nuaect	rrilSa
Atvaar	.nxcrc	ieaabs
Ccdrmi	eeutul	frantu
dt,iac	oseibo	kediiY

Una vez terminado este trabajo mi tío me arrebató vivamente el papel que acababa de escribir, y lo examinó atentamente durante bastante tiempo.

— ¿Qué quiere decir esto? —repetía maquinalmente.

No era yo ciertamente quien hubiera podido explicárselo, pero esta pregunta no iba dirigida a mí, y por eso prosiguió sin detenerse:

— Esto es lo que se llama un criptograma, en el cual el sentido se halla oculto bajo letras alteradas de forma intencionada y que, combinadas de un modo conveniente, formarían una frase inteligible. ¡Y pensar que estos caracteres ocultan tal vez la explicación, o la indicación, cuando menos, de un gran descubrimiento!

En mi concepto, aquello no ocultaba nada; pero me guardé muy bien de exteriorizar mi opinión.

El profesor tomó entonces el libro y el pergamino y los comparó entre sí.

— Estos dos manuscritos no están hechos por la misma mano —dijo—; el criptograma es posterior al libro, tengo la evidencia. En efecto, la primera letra es una doble M que en vano

buscaríamos en el libro de Sturluson, porque no fue incorporada al alfabeto islandés hasta el siglo XIV. Por consiguiente, entre el documento y el libro median al menos dos siglos.

Esto me pareció muy lógico, no trataré de ocultarlo.

— Me inclino, pues, a pensar —prosiguió mi tío—, que alguno de los poseedores de este libro trazó los misteriosos caracteres. Pero, ¿quién demonios sería? ¿No habría escrito su nombre en algún sitio?

Mi tío se levantó las gafas, tomó una poderosa lente y pasó revista minuciosamente a las primeras páginas del libro. Al dorso de la segunda, que hacía de anteportada, descubrió una especie de mancha, que parecía un borrón de tinta; pero, examinada de cerca, se distinguían en ella algunos caracteres borrosos. Mi tío comprendió que allí estaba la clave del secreto y, ayudado de su lente, trabajó con tesón hasta que logró distinguir los caracteres únicos que a continuación transcribo, los cuales leyó de corrido:

1AKK 41PKK444X

— ¡Ame Saknussem! — gritó en son de triunfo— ¡es un nombre! ¡Un nombre islandés, por más señas! ¡El de un sabio del siglo XVI! ¡El de un alquimista célebre!

Miré a mi tío con cierta admiración.

— Estos alquimistas —prosiguió—, Avicena, Bacán, Lulio, Paracelso, eran los verdaderos, los únicos sabios de su época. Hicieron descubrimientos realmente asombrosos. ¿Quién nos dice que este Saknussem no ha ocultado bajo este ininteligible criptograma alguna sorprendente invención? Estoy seguro de que es así.

Y la viva imaginación del catedrático se exaltó ante esta idea.

— Sin duda —me atreví a responder—; pero, ¿qué interés podía tener este sabio en ocultar de ese modo su maravilloso descubrimiento?

— ¿Qué interés? ¿Lo sé yo acaso? ¿No hizo Galileo otro tanto cuando descubrió a Saturno? Pero no tardaremos en saberlo, pues no he de darme reposo, ni he de ingerir alimento, ni he de cerrar los párpados en tanto no arranque el secreto que encierra este documento.

“Dios nos asista” —pensé para mí.

— Ni tú tampoco, Axel —añadió.

“Menos mal —pensé—, que he comido ración doble”.

— Y además —prosiguió mi tío—, es preciso averiguar en qué lengua está escrito el jeroglífico. Eso no será difícil.

Al oír estas palabras, levanté vivamente la cabeza. Mi tío prosiguió su soliloquio.

— No hay nada más sencillo. Este documento contiene ciento treinta y dos letras, de las cuales 53 son vocales y 79 consonantes. Ahora bien, esta es la proporción que, poco más o menos, se observa en las palabras de las lenguas meridionales, en tanto que los idiomas del Norte son infinitamente más ricos en consonantes. Se trata, pues, de una lengua meridional.

La conclusión no podía ser más justa y atinada.

— Pero, ¿cuál es esta lengua?

Aquí era donde yo esperaba ver vacilar a mi sabio, a pesar de reconocer en él una profunda capacidad de análisis.

— Saksussemm era un hombre instruido — prosiguió— y, al no escribir en su lengua nativa, es de suponer que eligiera preferentemente el idioma que estaba en boga entre los espíritus cultos del siglo XVI, es decir, el latín. Si me engaño, recurriré al español, al francés, al italiano, al griego o al hebreo. Pero los sabios del siglo mentado escribían, por lo general, en latín. Puedo, pues, con fundamento, asegurar a priori que esto está escrito en latín.

Di un salto en la silla. Mis recuerdos de latinista se sublevaron contra la suposición de que aquella serie de palabras estrambóticas pudiesen pertenecer a la dulce lengua de Virgilio.

— Sí, latín —prosiguió mi tío—; pero un latín confuso.

“A buenas horas —pensé—, si logras ponerlo en claro, te acreditarás de listo”.

— Examinémoslo bien —añadió, cogiendo nuevamente la hoja que yo había escrito—. He aquí una serie de ciento treinta y dos letras que ante nuestros ojos se muestran en aparente desorden. Hay palabras, como la primera, *mm.rnlls*, en que sólo entran consonantes; otras, por el contrario, en que abundan las vocales: la quinta, por ejemplo, *unteief* o la penúltima, *oseibo*. Evidentemente, esta disposición no ha sido combinada sino que resulta matemáticamente de la razón desconocida que ha presidido la sucesión de las letras. Me parece indudable que la frase primitiva fue escrita regularmente y alterada después con arreglo a una ley que es preciso descubrir. El que poseyera la clave de este enigma lo leería de corrido. Pero, ¿cuál es esta clave, Axel? ¿La tienes por ventura?

Nada contesté a esta pregunta por una sencilla razón: mis ojos se hallaban fijos en un adorable retrato colgado de la pared, el retrato de Graüben. La pupila de mi tío se encontraba a la sazón en Altona, en casa de un pariente suyo, y su ausencia me tenía muy triste; porque, ahora ya puedo confesarlo, la bella curlandesa y el sobrino del catedrático se amaban con toda la paciencia y toda la flema alemanas. Nos habíamos dado palabra de casamiento sin que se enterase mi tío, demasiado geólogo para comprender semejantes sentimientos. Graüben era una muchacha encantadora, rubia, de ojos azules, de carácter algo grave y espíritu algo serio; mas no por eso me amaba menos. Por lo que a mí respecta, la adoraba, si es que este verbo existe en alemán. La imagen de mi linda curlandesa se transportó en un momento del mundo de las realidades a la región de los recuerdos y los ensueños.

Volví a ver a la fiel compañera de mis tareas y placeres; a la que todos los días me ayudaba a ordenar los pedruscos de mi tío y los rotulaba conmigo. Graüben era muy entendida en materia de mineralogía y le gustaba profundizar las más arduas cuestiones de la ciencia. ¡Cuántas horas dulces habíamos pasado estudiando los dos juntos, y con cuánta frecuencia había envidiado la suerte de aquellos insensibles minerales que ella acariciaba con sus delicadas manos!

En las horas de descanso, salíamos los dos de paseo por las frondosas alamedas del Alster y nos íbamos al antiguo molino alquitranado que resulta tan pintoresco en el extremo del lago. Caminábamos cogidos de la mano. Yo le contaba cosas que la hacían reír y llegábamos de este modo hasta las orillas del Elba; y, después de despedirnos de los cisnes que nadaban entre los grandes nenúfares blancos, volvíamos en un vaporcito al desembarcadero.

Aquí había llegado en mis sueños, cuando mi tío, descargando sobre la mesa un terrible puñetazo, me devolvió a la realidad de una manera violenta.

— Veamos —dijo—: la primera idea que a cualquiera se le debe ocurrir para descifrar las letras de una frase, se me antoja que debe ser el escribir verticalmente las palabras.

“No va descaminado” —pensé.

— Es preciso ver el efecto que se obtiene de este procedimiento. Axel, escribe en ese papel una frase cualquiera; pero, en vez de disponer las letras unas a continuación de otras, colócalas de arriba abajo, agrupadas de modo que formen cuatro o cinco columnas verticales.

Comprendí su intención y escribí inmediatamente:

T o b i a ü
e r e s G b
a o l i r e
d , l m a n

— Bien —dijo el profesor, sin leer lo que yo había escrito—; dispón ahora esas palabras en una línea horizontal.

Obedecí y obtuve la frase siguiente:

Tobiaü eresGb aolire d,lman

— ¡Perfectamente! —exclamó mi tío, arrebatándome el papel de las manos—; este escrito ya ha adquirido la fisonomía del viejo documento; las vocales se encuentran agrupadas, lo mismo que las consonantes, en el mayor desorden; hay hasta una mayúscula y una coma en medio de las palabras, exactamente igual que en el pergamino de Saknussem.

Debo de confesar que estas observaciones me parecieron extremadamente ingeniosas.

— Ahora bien —prosiguió mi tío, dirigiéndose a mí directamente—, para leer la frase que acabas de escribir y que yo desconozco, me bastará tomar sucesivamente la primera letra de cada palabra, después la segunda, en seguida la tercera, y así sucesivamente.

Y mi tío, con gran sorpresa suya y sobre todo mía, leyó:

Te adoro, bellísima Graüben.

— ¿Qué significa esto? —exclamó el profesor.

Había cometido la imperdonable torpeza de escribir una frase comprometedora.

— ¡Con que amas a Graüben! —prosiguió mi tío con acento de verdadero tutor.

— Sí... No... —balbucí desconcertado.

— De manera que amas a Graüben —prosiguió maquinalmente—. Bueno, dejemos esto ahora y apliquemos mi procedimiento al documento en cuestión.

Mi tío, sumergido de nuevo en su absorbente contemplación, olvidó por el momento mis imprudentes palabras. Y digo imprudentes, porque la cabeza del sabio no podía comprender

las cosas del corazón. Pero, afortunadamente, la cuestión del documento absorbió por completo su espíritu.

En el instante de realizar su experimento decisivo, los ojos del profesor Lidenbrock lanzaban chispas a través de sus gafas; sus dedos temblaban al coger otra vez el viejo pergamino; estaba emocionado de veras. Por último, tosió fuertemente y, con voz grave y solemne, nombrando una tras otra la primera letra de cada palabra, a continuación la segunda, y así todas las demás, me dictó la serie siguiente:

*mmessunkaSenrA.icefdoK.segnittamurtn
ecertserrette, rotaivsadua,ednecsedsadne
lacartniiiiluJsiratracSarbmutabledmek
meretarcsilucoYsleffenSnI*

Confieso que, al terminar, me encontraba emocionado. Aquellas letras, pronunciadas una a una, no tenían ningún sentido y esperaba que el profesor dejase escapar de sus labios alguna pomposa frase latina.

Pero, ¡quién lo hubiera dicho! Un violento puñetazo hizo vacilar la mesa; saltó la tinta y la pluma se me cayó de las manos.

— Esto no puede ser —exclamó mi tío, frenético—; ¡esto no tiene sentido común!

Y, atravesando el despacho como un proyectil y bajando la escalera lo mismo que un alud, se precipitó a la Königstrasse, y huyó a todo correr.

IV

— ¿Se ha marchado? — preguntó Marta, acudiendo presurosa al oír el ruido del portazo que hizo retemblar la casa.

— Sí —respondí—, se ha marchado.

— ¿Y su comida?

— No comerá hoy en casa.

— ¿Y su cena?

— No cenará tampoco.

— ¿Qué me dice usted, señor Axel?

— Que no, María, que ni él ni nosotros volveremos a comer. Mi tío Lidenbrock ha decidido ponernos a dieta hasta que haya descifrado un antiguo pergamino lleno de garrapatas que, a mi modo de ver, es del todo indescifrable.

— ¡Pobres de nosotros, entonces! ¡Vamos a morir de inanición!

No me atreví a confesarle que, dada la testarudez de mi tío, esa era, en efecto, la suerte que a todos nos esperaba. La crédula sirvienta regresó a su cocina sollozando.

Cuando me quedé solo, se me ocurrió la idea de irsele a contar todo a Graüben pero, ¿cómo salir de casa? ¿Y si mi tío volvía y me llamaba, con objeto de reanudar aquel trabajo logográfico capaz de volver loco al viejo Egipto? ¿Qué sucedería si yo no le contestaba?

Me pareció lo más prudente quedarme. Precisamente, daba la casualidad de que un mineralogista de Besanzón acababa de remitirnos una colección de geodas silíceas que era preciso clasificar. Puse manos a la obra y escogí, rotulé y coloqué en su vitrina todas aquellas piedras huecas en cuyo interior se agitaban pequeños cristales.

Pero en lo que menos pensaba era en lo que estaba haciendo: el viejo documento no se apartaba de mi mente. La cabeza me daba vueltas y me sentía sobrecogido por una vaga inquietud. Presentía una inminente catástrofe.

Al cabo de una hora, las geodas estaban colocadas en su debido orden y me dejé caer sobre la butaca de terciopelo de Utrecht, con los brazos colgando y la cabeza apoyada en el respaldo. Encendí mi larga pipa de espuma, que representaba una náyade voluptuosamente recostada, y me entretuve después en observar cómo poco a poco el humo iba ennegreciendo mi ninfa. De vez en cuando escuchaba para cerciorarme de si se oían pasos en la escalera, siempre con resultado negativo. ¿Dónde estaría mi tío? Me lo imaginaba corriendo bajo los frondosos árboles de la calzada de Altona, gesticulando, golpeando las tapias con su pesado bastón, pisoteando las hierbas, decapitando los cardos e interrumpiendo el reposo de las solitarias cigüeñas

¿Volvería victorioso o derrotado? ¿Triunfaría sobre el secreto o sería éste más poderoso?

Y mientras me dirigía a mí mismo estas preguntas, cogí maquinalmente la hoja de papel en la cual se hallaba escrita la incomprensible serie de letras trazadas por mi mano, diciéndome varias veces:

— ¿Qué significa esto?

Traté de agrupar las letras de manera que formasen palabras; pero fue vano. Era inútil reunir las de dos, de tres, de cinco o de seis: de ninguna manera resultaban inteligibles.

Sin embargo, noté que las letras decimocuarta, decimoquinta y decimosesta formaban la palabra inglesa *ice*, y las vigésimo cuarta, vigésimo quinta y vigésimo sexta la voz *sir*, perteneciente al mismo idioma. Por último, en el cuerpo del documento y en las líneas segunda y tercera, leí también las palabras latinas *rota*, *mutabile*, *ira*, *nec* y *atra*.

“¡Demonio! —pensé entonces—. Estas últimas palabras parecen dar la razón a mi tío acerca de la lengua en que está redactado el documento. Además, en la cuarta línea veo también la voz *luco*, que quiere decir bosque sagrado. Sin embargo, en la tercera se lee la palabra *tabiled*, de estructura perfectamente hebrea, y en la última *mer*, *arc* y *mere* que son netamente francesas”.

¡Aquello era para volverse loco! ¡Cuatro idiomas diversos en una frase absurda! ¿Qué relación podía existir entre las palabras hielo, señor, cólera, cruel, bosque sagrado, mudable, madre, arco y mar? Sólo la primera y la última podían coordinarse fácilmente, pues nada tenía de extraño que en un documento redactado en Islandia se hablase de un mar de hielo. Pero esto no bastaba, ni con mucho, para comprender el criptograma.

Luchaba, pues, contra una dificultad insuperable; mi cerebro echaba fuego, mi vista se oscurecía de tanto mirar el papel; las ciento treinta y dos letras parecían revolotear en torno mío como esas lágrimas de plata que vemos moverse en el aire alrededor de nuestra cabeza cuando se nos agolpa en ella la sangre.

Era víctima de una especie de alucinación; me asfixiaba; sentía necesidad de aire puro.

Instintivamente, me abaniqué con la hoja de papel, cuyo anverso y reverso se mostraban alternativamente a mi vista.

Júzguese mi sorpresa cuando, en una de estas rápidas vueltas, en el momento de quedar el reverso ante mis ojos, creí ver aparecer palabras perfectamente latinas, como *craterem* y *terrestre*, entre otras.

Súbitamente se hizo la claridad en mi espíritu: acababa de descubrir la clave del enigma. Para leer el documento no era ni siquiera preciso mirarlo al trasluz con hoja vuelta del revés. No. Podía leerse de corrido tal como me había sido dictado. Todas las ingeniosas suposiciones del profesor se realizaban; había acertado la disposición de las letras y la lengua en que estaba redactado el documento. Había faltado poco para que mi tío pudiese leer de cabo a rabo aquella frase latina, y este poco me lo acababa de revelar a mí la casualidad.

No es difícil imaginar mi emoción. Mis ojos se turbaron y no podía servirme de ellos. Extendí la hoja de papel sobre la mesa. Sólo me faltaba fijar la mirada en ella para poseer el secreto.

Por fin logré calmar mi agitación. Decidí dar dos vueltas alrededor de la estancia para apaciguar mis nervios y me arrellané después en el amplio butacón.

“Leamos” —me dije en seguida, después de haber hecho una buena provisión de aire en mis pulmones.

Me incliné sobre la mesa, puse un dedo sucesivamente sobre cada letra y, sin titubear, sin detenerme un momento, pronuncié en alta voz la frase entera. ¡Qué inmensa estupefacción y terror se apoderaron de mí! Quedé al principio como herido por un rayo.

¡Cómo! ¡Lo que yo acababa de leer había ocurrido! Un hombre había tenido la suficiente audacia para penetrar...

— ¡Ah! —exclamé dando un brinco—; no, no; ¡mi tío jamás lo sabrá! ¡No faltaría más sino que tuviese noticia de semejante viaje! En seguida querría repetirlo sin que nadie lograra detenerlo. Un geólogo tan exaltado, partiría a pesar de todas las dificultades y obstáculos, llevándose consigo, y no regresaríamos jamás; ¡pero jamás!

Me encontraba en un estado de sobreexcitación indescriptible.

— No, no; eso no pasará —me dije con energía—; y, puesto que puedo impedir que semejante idea se le ocurra a mi tirano, lo evitaré a toda costa. Dando vueltas a este documento, podría ocurrir que descubriese la clave de una manera casual. ¡Destruyémoslo!

Quedaban aún rescoldos en la chimenea y, apoderándome con mano febril no sólo de la hoja de papel, sino también del pergamino de Saknussem, iba ya a arrojarlo todo al fuego y a destruir de tal suerte tan peligroso secreto, cuando se abrió la puerta del despacho y apareció mi tío en el umbral.